

El efecto dominó de la independencia de Kosovo

por Jean-Arnault Derens*

La caja de Pandora de los Balcanes

Estatuto de Kosovo, atolladero político en Bosnia-Herzegovina: parecen reunirse todos los elementos de una nueva crisis regional, consagrando el fracaso de las políticas de la "comunidad internacional" de los últimos quince años. En este contexto deletéreo, resurge la anti-
 gua idea de redefinir las fronteras de los Balcanes. Esta vez con un criterio étnico, como si fuera posible "naturalizar" los límites de los Estados nacionales. Como se entremezclan poblaciones, minorías y reivindicaciones, este criterio podría sumir a la región en el caos.



La probable independencia de Kosovo puede tener graves consecuencias regionales. Los serbios de Bosnia-Herzegovina, quienes también reivindican su derecho a la secesión de un Estado que evidentemente nunca funcionó, la considerarán un precedente. Y además podría generar una ola de desestabilizaciones en cadena, fundamentalmente en Macedonia y en Montenegro, lo que puede poner en tela de juicio todas las fronteras actuales de los Balcanes.

Pero cabe preguntarse si, como lo sugieren en voz alta un número creciente de "expertos" y de diplomáticos, esas fronteras son un "tabú" que podría superarse. Las guerras de la década de 1990 se libraron en nombre de los "grandes" Estados, de la "Gran Serbia" o de la "Gran Croacia". Detrás de la reivindicación de independencia de Kosovo se perfilaría el espectro de la "Gran Albania"... ¿Habrá llegado entonces el momento de revisar todas las reivindicaciones territoriales, y de definir nuevas fronteras, que serían por fin "justas", pues coincidirían con la distribución étnica de las distintas poblaciones? ¿Hay que trazar de nuevo el mapa de los Balcanes para asegurar de una vez por todas una paz duradera en esa región, y por

lo tanto en toda Europa? Esa idea, que es antigua, resurge regularmente.

En 2001, en oportunidad del conflicto de Macedonia, el editorialista francés Alexandre Adler proponía utilizar "la cirugía en lugar de la homeopatía" (1), y considerar la posibilidad de dividir esa república post-yugoslava en regiones albanesas y macedonias. El mismo año 2001, lord David Owen, ex copresidente de la Conferencia internacional sobre la ex-Yugoslavia, también había propuesto su propio plan de redefinición de las fronteras balcánicas (2). Haciéndose eco de ellos, Arbën Xhaferi, figura histórica del nacionalismo albanés en Macedonia, reclamaba la creación de Estados "étnicos" (3).

Ante el permanente fracaso de las negociaciones sobre el futuro de Kosovo, y la imposibilidad de alcanzar un compromiso serbo-albanés, vuelve a circular la idea de una partición de la provincia, durante mucho tiempo considerada tabú por la comunidad internacional. Wolfgang Ischinger, diplomático alemán que representa a la Unión Europea en el seno de la "troika diplomática" encargada de llevar adelante las negociaciones sobre Kosovo, estimó en agosto pasado que no cabía descartar ninguna opción mientras fuera fruto de un acuerdo entre las partes implicadas: si Belgrado y Pristina lograban ponerse de acuerdo sobre una distribución de Kosovo, la UE no tendría más remedio que aprobar tal escisión.

Aparentemente, esa idea responde al más elemental sentido común: si ciertas poblaciones no quieren vivir juntas, mejor separarlas, aunque ello obligue a planificar desplazamientos "limitados" de población, para hacer coincidir las nuevas fronteras con la distribución étnica de las comunidades... Pero imaginemos por un instante que los planes de los aprendices de brujo se hagan realidad, que una conferencia internacional permita un nuevo trazado, pacíficamente negociado, de las fronteras de los Balcanes occidentales, sobre la base de principios étnicos.

Habría que pensar, por supuesto, en la unificación de todas las regiones donde los albaneses son mayoritarios, es decir, Albania, Kosovo, el cuarto norte de Macedonia, pero también el valle de Presevo, en el sur de Serbia, y las franjas orientales de Montenegro (Vusanje, Ulcinj).

Estados étnicos

Terriblemente amputada, Macedonia quedaría convertida en un Estado residual, a menos que se impongan las corrientes pro-búlgaras, vinculando al país con su vecino oriental. También habría que discutir la cuestión de las minorías existentes en Albania: los griegos del sur de ese país podrían reclamar su unión con Grecia, mientras que los albaneses expulsados luego de 1945 de Epiro, en el norte griego—región que los alba-

neses llaman Camera—no olvidarían evocar el atropello de sus derechos. Montenegro podría reclamar compensaciones en la región de Shkodra, donde siguen viviendo minorías serbo-montenegrinas, y Macedonia la anexión de las aldeas eslavas situadas en torno de los lagos Ohrid y Prespa.

Naturalmente, los serbios de Bosnia-Herzegovina se unirían a la "madre patria", lo que marcaría el fin de Bosnia, dado que los croatas de Herzegovina occidental, de Bosnia central y de Bosanska Posavina (Orasje, Odzak), se sumarían a Croacia. A lo sumo quedaría un "micro-Estado" bosnio-musulmán centrado en Sarajevo, Zenica y Tuzla. En síntesis, se haría realidad la famosa división de Bosnia-Herzegovina, esbozada a partir de 1991 por Franjo Tudjman y Slobodan Milosevic (4). Sin duda, Bosnia defendería enérgicamente el enclave oriental de Gorazde y reclamaría la anexión del Sandjak de Novi Pazar, actualmente compartido entre Serbia y Montenegro (5).

Por supuesto que el Estado de Montenegro no subsistiría en sus actuales fronteras. Además de la secesión de las regiones albanesas y bosniacas, debería hacer frente a la de las regiones serbias del norte del país. Dado que las poblaciones bosniacas y serbias están totalmente entremezcladas en esa zona, sería ineluctable un episodio bélico para lograr desplazamientos de población capaces de fijar una frontera aceptable. Croacia

*JEFE DE REDACCIÓN DE *COURRIER DES BALKANS*; ACABA DE PUBLICAR, JUNTO A LAURENT GESLIN, *COMPRENDRE LES BALKANS. HISTOIRE, SOCIÉTÉS, PERSPECTIVES*, NON LIEU, PARÍS, 2007.